



RCE9839

no 266 873

PIURA y PINCEL

EL VENTANAL DE LA DESOLACION

Conocía Juan Mihovilovich -circunstancia de lo más normal entre escritores- mucho antes por su obra que en persona. De inmediato descubrí en sus cuentos un brazo diestro, de narrador auténtico, dueño de una prosa muy fina, colindante con el territorio de la poesía y trasmadada de un misterio sutilmente atractivo. Debo aclarar que no es suceso frecuente encontrar en nuestro país un cuentista tan bien dotado -en mi opinión, entre los mejores- lo que no es poco decir cuando asistimos -para mal y para bien- a un curioso fenómeno de inversión polar de nuestra literatura: el fuerte predominio de la narrativa sobre la poesía en la generación del 80, efecto que parece estar trasladándose a las nuevas promociones de escritores.

Chile tal vez vaya dejando de ser un país de poetas y se convierta en un país de narradores. Sé que este concepto molesta a no pocos, y asombra a muchos que observan el nuevo escenario con cierto escepticismo. ¿Qué es lo que llevó a la generación del 80 a construir este predominio narrativo inédito en nuestra historia? No creo que la explicación podamos ubicarla en la astrología, vale decir, que desde cierta fecha -bajo el influjo de lejanas constelaciones- se haya modificado la genética chilena, favoreciendo la gestación de cuentistas y novelistas en detrimento del género lírico. Otro más bien que los posibles poetas -varios o muchos de ellos- se transmutaron en narradores por obra de una serie de factores cuyo análisis está pendiente y que es preciso dilucidar. Pienso que Juan es uno de estos poetas transmutados, incorporándose a una legión donde podemos anotar, al menos, los nombres de Gregory Cohen, Ramón Díaz Eizovitz, Pía Barón, Roberto Rivera, Ana María del Río y Diego Muñoz Valesuelta. Y me atrevo a suponer, con cierta certidumbre, que entre los escritos secretos de Juan Mihovilovich -acaso burlescos su feroz vigilancia- encontraríamos algo más que un poema. Y si burgueses en su biblioteca y en su memoria, descubriríamos insustituibles libros de poesía bien asimilada.

Lo primero que me llamó la atención en la narrativa de Juan, fue el notable substrato poético subyacente, apreciable a través de un lenguaje bello, sonoro, inundado de metáforas e imágenes inequívocamente líricas, pleno de significados y de enigmas, total y profundamente humano. Son textos más breves suelen equidistar de los géneros puros, produciéndose una interpenetración de cuento y poesía cuya eficacia es muy alta a la hora de disputar el compromiso afectivo del lector. A este tipo de escritura se le ha tratado de buscar infructuosamente, logrando establecer categorías magras y difusas como las de **poema en prosa** o **prosa poética**, las cuales no sólo delatan la insuficiencia intelectual en el estudio del tema, sino que anuncian un terreno difícil, mercedoso, inseguro, engorroso. Pero donde los técnicos se mueven con

sigilo y timidez, el autor lo hace con expeditión, con presteza.

Baste mencionar el relato denominado "La bufanda blanca", donde no podemos dudar que estamos ante un cuento debido a su naturaleza argumental, en que el desenlace juega un rol preponderante; aunque tampoco podrían ignorarse ni el sentido metafórico global de la historia, ni las frecuentes imágenes que enriquecen el texto, otorgándole rangos cativadores. En apenas una página y media, Juan -con gran economía de palabras, pero con gigantesco despliegue de significados- construye un sucinto fantasmagórico y fatal, una suerte de sueño hermoso y mortífero que nos traslada al universo de lo maravilloso, donde todo es posible.

"El anciano del bastón" es otra narración breve, quizás más inquietante que la antes nombrada, debido a la simplicidad de la anécdota, donde lo fantástico no tiene lugar; al revés, se trata de un cuadro sencillo y rutinario, una escena inabordable que se repite hasta el infinito y que por lo mismo se torna mágica, irreal. Lo cotidiano se vuelve extraño por obra de la pluma. Y la humanidad -como en casi toda la obra de Mihovilovich- desborda los cañones, da paso al dolor y a la catarsis que -más que en el texto- tienen lugar en el espacio psicológico del lector, el cual se convierte en un activo protagonista.

Relatos como "Oscilación" y "Adiós" indagan, uno en el mundo onírico y el otro en el mundo lúdico, pero siempre armados por el lenguaje poético y el estilo "entrecorridor" de nuestro autor.

El cuento que da nombre al volumen "El Ventanal de la Desolación" expone los mayores méritos de Juan: belleza expresiva, misterio expectante, carga de simbolismo, buen manejo del hilo argumental, hondura humana. El profundo y acendrado humanismo del autor se evidencia en cada paso de esta historia plena de dolor y sensibilidad, cuya autenticidad compromete al lector desde el comienzo. Desligarse afectivamente resulta imposible, aunque el hablante sea más bien parco y objetivo en sus descripciones. El secreto reside en la forma en que se van sugiriendo las imágenes a lo largo del texto, construyendo una sensación global -una gestalt en la jerga de la psicología- que se apodera de nosotros de una manera gradual y sutil. La locura y la adaptación -temas recurrentes en la obra

de Mihovilovich- toman aquí una presencia avasalladora que estruena por instantes con esa imprecisa sensación que tiene el jazz en sus momentos más libres y menos racionales.

"Nosotros tuvimos la culpa, Rupert" es otro cuento que ataca el tema de la locura, precipitándose en el abismo insostenible -y no exento de una hermosura de irresistible atractivo- de la alienación mental. Quizás la locura no sea más que una opción inadecuada para la sobrevivencia, pariente cercana de la utopía, de la entrega a los demás, de la solidaridad a ultranza. Tal vez la locura sea sólo la negación de nuestras mezquindades y nuestras pequeñeces, de nuestro absurdo apego a la materialidad y a las órdenes preestablecidas e inmutables, a la débil cadena de dogmas sobre la cual edificamos nuestra presunta y precaria civilización.

En fin nuestro Juan al entorno magistral que extraña inmensamente, y entrega la experiencia vivida de esa tierra

remota y desolada, desconocida, casi hipotética para la mayoría de nosotros. Contribuye, de este modo, desde su perspectiva de escritor, a aclarar esa autoimagen de país que solamente la literatura es capaz de entregar.

Hondamente humanas son las

ella, me ha llevado, ya en dos oportunidades, a considerar esencial su presencia en antologías que han dado cuenta de los aires refrescantes de la nueva narrativa chilena, sirviendo que acudáramos con Ramón Díaz Eizovitz al publicar *Contando el cuento* en 1986 y *Andar con cuentos* en 1992. A mediados de los 80 ya hablábamos de la generación emergente y augurábamos cambios importantes en la geografía literaria chilena. Se nos ha objetado posiblemente que exista tal generación, que falta una cierta cantidad de condiciones claves, entre las cuales se menciona una cierta identidad estilística y un liderazgo unipersonal. El liderazgo puede dejarse de lado, pues creo que es propio de una sociedad más avanzada el que existan muchas figuras destacadas. Y por cierto que esto es más benéfico para el desarrollo de la literatura chilena. Son las posiciones reaccionarias las que buscan por doquiera ídolos dominantes que sirvan para disminuir el aporte de escritores cuyas posiciones pueden resultar incómodas o poco confiables. La condición de identidad de objetivos y de estilos es imposible que se cumpla, es más, es inconveniente que se produzca, pues contribuiría a reducir y empobrecer a perder la riqueza que otorga la pluralidad de estilos y de opciones que se da en nuestra generación. Sin embargo, en un numeroso grupo de escritores -en la mayoría me atrevo a decir- encontramos esa vocación por lo humano, esa intrínseca pasión por la verdad que se alza por sobre cualquier otra diferencia.

No es casual este predominio. Quiénes nos iniciamos profesionalmente en el arte de la escritura en pleno imperio de la dictadura militar, lo hicimos armados por un mandato misterioso e irrefrenable, pero también convencidos de que realizábamos un acto libertario que contribuía de algún modo a combatir el oprobioso imperio de la fuerza y de la sinrazón. Pertenecemos a una estirpe de escritores que no rehuye el compromiso social, y como tal se abocó a la defensa de los derechos humanos y de las libertades públicas en la época en la cual peligraba la vida de quienes osaban condenar la violencia desatada. Así comprobamos que esa humanidad que transmutó los cuentos de Juan no es una apariencia destinada a crear simpatías, sino que tenemos un correlato sustancial en esa zona recóndita que solemos llamar alma.

La literatura es el más difícil de todos los senderos. Pobre en honores y en reconocimientos, sembrado de trampas, obstáculos y distracciones, laborioso en extremo, más proclive a las penurias que a las satisfacciones, y -por añadidura- interminable, infinito. No existe explicación racional para este afán. Se escribe sólo porque no se puede evitar el escribir. Es un mandato ciego, divino, enigmático que Juan Mihovilovich obedeció con gigantesco amor, regalándonos una obra humana, poética, profunda, necesaria como *El Ventanal de la Desolación*.



DIEGO MUÑOZ V.

preocupaciones del autor, y eso hay que destacarlo cuando -mediante los recursos del marketing y de otras mafias ajenas a lo literario- se impone una visión fría, individualista, insensible, incluso economicista del mundo. Se busca el entretenimiento más que la reflexión, la diversión más que la sensibilidad, la aceptación más que la crítica. Juan nos describe un mundo lleno de imperfecciones, de errores monstruosos, pero también poblado de seres de carne y hueso, arrastrados por pasiones y potencias de todos los signos: claros, luminosos, letales, inocentes, demenciales; y así opta por un camino difícil, que excluye el fácil, que niega de plano cualquier simplificación y exige lo máximo a un lector libre e inteligente, que elige la autenticidad al entregarnos sus visiones más íntimas y profundas sobre esa vida que vivimos hoy, ahora, en cada segundo.

El conocimiento de la obra de Juan Mihovilovich y mi alta valoración de

El ventanal de la desolación [artículo] Diego Muñoz V.

Libros y documentos

AUTORÍA

Muñoz Valenzuela, Diego, 1956-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El ventanal de la desolación [artículo] Diego Muñoz V. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile